

clases medias francesas, que fueron traidoras á la democracia; por culpa de los republicanas que creyeron cortar la organizacion monárquica, cortándole la cabeza, cual si el cuerpo social fuese como el cuerpo humano, el cuerpo social que necesita especiales instituciones para cada forma de gobierno; por culpa del pueblo, principalmente, que nunca llegó á entender la austera virtud de la libertad.

Y de esta desconfianza en la libertad, ¿quién tuvo la culpa, quién sino la utopia socialista? Habia por espacio de más de treinta años predicado la esterilidad de la primera revolucion, el menosprecio de las formas políticas, la guerra de las clases cuando todas debian confundirse y mezclarse en el derecho, la economía de la amortizacion de la tasa y del privilegio en vez de la economía moderna, la virtud de las facultades del Estado en vez de la virtud de la libertad, una especie de paraíso sensual, grosero, semejante al de Mahoma en lugar de la severa sencillez de la democracia, el imperio económico, el pontificado industrial, el convento del trabajador; y cuando la revolucion buscaba un pueblo hambriento de justicia, capaz de derramar su sangre por el derecho, encontró un pueblo egoísta sediento de goces, capaz de seguir al primer César que le diese pan y circenses, que acallara el ruido de la libertad, y le hartara el estómago. Pecaron gravemente. Pero nosotros al ver á Francia, la esclarecida madre de la revolucion, aún esclava podíamos decir como los judíos siervos á orillas de extranjero rio: *Patres nostri peccaverunt et non sunt, et nos equitates eorum portavimus.*

El partido liberal español veía en Luis Napoleon obstáculos insuperables, sino á los proyectos revolucionarios, á las soluciones revolucionarias. Una parte, quizá la menor en número, pero la mayor indudablemente en importancia á causa de la virtud de su idea, una parte del liberalismo soñaba con la república. Y sabia que la política de Bonaparte era contraria radicalmente, contraria á

expansion tan grande y extrema del sentimiento liberal. Así, ora por los obstáculos que la censura oponia á la libre expresion del pensamiento, ora por habilidad y por táctica, el partido republicano callaba su idea y reducía sus aspiraciones á un puro destronamiento de la dinastía. Con esto adivinaba en su instinto que el problema republicano, la necesidad de entregar la nacion á sí misma, venia lógica, necesariamente, brotando antes del seno de los hechos que de las combinaciones de los partidos. Un hombre de mérito extraordinario y de convicciones arraigadas, el Sr. Olózaga, pensaba en sustituir la dinastía de España en el caso de que cayera al empuje revolucionario, con la dinastía de Portugal. Pero no se ocultaba al partido republicano cuán difícil era esta sustitucion, y en el caso de realizarse, cuán frágil. Halagaba, pues, con empeño este ideal del hombre de Estado, y se gozaba en la idea de que una vez destronada la antigua familia real, su única sustitucion posible era la nueva república democrática. En esto, dos asuntos embargaban por completo la opinion pública. Era uno el recibimiento hecho al rey de Portugal, y era otro la conjuracion del general Prim. Todo el mundo sabia que el general Prim llevaba urdida con grande sagacidad una conjuracion militar. Este general, que se confundiera con la union liberal durante mucho tiempo, destacábase de la union liberal despues de la guerra de Africa, en que habia recogido tantos y tan brillantes laureles. Esta actitud suya, y el crédito que gozaba en palacio, decidieron á O'Donnell á enviarle como general en jefe á la expedicion mejicana, con lo cual se libraba de un competidor temible en la corte y de un revolucionario en el ejército, y quizá en las calles. Ya en Méjico, sus arranques á favor de la república y en contra de la intervencion, le unieron estrechamente al partido liberal y le separaron de los unionistas y de su jefe. La política seguida por Prim en América disgustó á todos los con-

servadores de España. Conociendo el general, de suyo muy astuto, que nada podia esperar del partido conservador, se afilió resueltamente en el partido liberal. De pronto su conducta se redujo á sostener en los suyos la esperanza de que el poder iria legalmente á sus manos por la libre voluntad de la Reina. Pero convencido de que esto era una ilusion, y nada más que una ilusion, dióse á conspirar. El ministerio Mon-Cánovas, que descubrió una de sus conspiraciones, malograda en el cuartel llamado de la Montaña, lo desterró á Oviedo. Levantóle su destierro el general Narvaez, y desde entonces no cesó un punto en su conjuracion. A consecuencia de los sucesos del 10 de Abril, apareció en la tribuna un momento en son de amenaza y de desafío á la tiranía del general Narvaez. Caido Narvaez, O'Donnell creia tener en sus manos el ejército y poder desafiar así las maniobras del general Prim. Cuál no seria su asombro cuando de los destacamentos de caballería apostados en las cercanías de Madrid sacó Prim un número considerable de soldados, que se apartaban hasta de sus jefes para seguir las banderas de la revolucion. Todo el mundo sabia que con aquellas fuerzas el general Prim no triunfaba; pero todo el mundo comprendia que aquella sublevacion acababa con el prestigio militar del general O'Donnell. El que habia dirigido el ejército, el que lo habia organizado, el que habia sido su jefe, se encontraba con una sublevacion militar que le heria en mitad del corazón. Los supersticiosos se daban á pensar en la coincidencia del levantamiento de Prim, verificado en los primeros dias de Enero, con el paso por Madrid del rey de Portugal, verificado en los últimos dias de Diciembre. Pero nada tenia que ver un acontecimiento con otro acontecimiento. En la manifestacion al rey de Portugal no hubo tanto una muestra de entusiasmo á este monarca como una muestra de repulsion á los monarcas españoles.

Mucho se criticó al Sr. Castelar que se aso-

ciara á una manifestacion en la cual entraba como una parte principal la adhesion á un monarca. El Sr. Castelar se defendió en los términos siguientes:

«Cuando vemos abatida la patria, pobre el Tesoro, decadentes la literatura y el arte, oprimido el pensamiento, débiles todos los gobiernos, mal seguras todas las libertades; el comercio en completa parálisis, en ruina la industria, en vigor aún la intolerancia, como si estuviéramos en los tiempos de la Inquisicion; nuestro pueblo, el pueblo de las gloriosas guerras y de los descubrimientos increíbles anulado ante Europa, sin voz en los congresos de sus gobiernos, sin peso en la balanza de sus destinos ¡ay! no podemos menos de comparar y medir en nuestra mente desde el fondo de este abismo, lo que somos aislados y mutilados y lo que seriamos si llegásemos á unir la península, reintegrándonos en nuestra nacionalidad, con el Pirineo y los dos mares por frontera, y el espíritu moderno, el espíritu de libertad, por inspiracion y por guia.»

«Nosotros maldeciremos siempre el absolutismo, no tanto por haber ahogado nuestras antiguas libertades, más vigorosas que las libertades inglesas; no tanto por haber corrompido nuestro carácter, más templado para la democracia que el carácter flamenco y el carácter suizo, como por haber esparcido estérilmente los huesos de nuestros padres en las orillas del Danubio, del Sena, del Rhin, en las costas del Mediterráneo y del Atlántico, del mar Pacífico y del mar del Norte, en los Alpes y en los Andes, sin haber reconcentrado tanta fuerza en nuestro suelo y dándonos al menos á cambio de la esclavitud abyecta en que caimos, la unidad y la grandeza de la patria. El absolutismo está tocado de una completa esterilidad. Vanagloriándose de su unidad, despues de sacrificar á este principio todos los principios, á este ideal todas las ideas, concluye por desmembrar los pueblos sobre los cuales domina. No hay tres despo-



tismos tan fuertes, tan gigantescos, como el despotismo de los Césares sobre Italia, el despotismo de los emperadores sobre Alemania, el despotismo de los Austrias sobre España. Ninguno de estos tres poderes alcanzó la unidad. Tras los Césares los bárbaros; tras los emperadores los pueblos y los príncipes protestantes; tras el absolutismo austriaco, la pérdida de Gibraltar y la desmembración de Portugal; propio castigo de esos gobiernos que imaginan en su orgullo frisar con el cielo, y como la estatua de la escritura, vacilan y caen faltos de la ancha base de la justicia.»

«Los reyes absolutos españoles sin embargo, comprendieron la necesidad de la union. Los matrimonios concertados por Doña Isabel la Católica lo están diciendo á voces. El enlace del César, de Carlos V, de aquel joven heredero del mayor imperio conocido en el mundo con la humilde princesa de Portugal, dice cuán arraigada estaba la idea de la unidad ibérica en la mente de los reyes, y el propósito de realizarla en su voluntad. Pero como el absolutismo es la injusticia, el mal, la soberbia arriba, la servidumbre y el envilecimiento abajo, no podía dar ningun fruto que no fuese venenoso. Los tiempos que vivimos unidos con Portugal bajo el pesado cetro de los Austrias, son el mayor obstáculo para que podamos hoy vivir unidos bajo el blando cetro de la libertad. Murió enterrado en los arenales del Africa, con sus mejores huestes, D. Sebastian, última sombra de la andante caballería de la Edad Media; héroe en el momento en que el heroísmo iba á morir; poeta práctico cuando el análisis sustituía á las antiguas intuiciones, á la inspiración antigua que habian guiado al hombre por la tierra en tiempos de más fé; rey que deseando ensanchar dominios estrechos á su inquieta ambición, sin oír la voz de sus consejeros que le instaban para conservar lo heredado, se lanzó á una cruzada, con las creencias religiosas y los levantados propósitos de un Godofredo de Bouillon, al cual se parecía

si no en la fortuna en la exaltación de la fantasía, en la limpieza de las costumbres, en el olvido de todo placer, en el anhelo de toda gloria, y al lanzarse en tan poéticas empresas, enterró consigo en su propio abrasado sepulcro abierto por el simoun y la guerra en las arenas del desierto el reino de sus padres, cuya historia era una leyenda de maravillas, y á cuyos piés dormían como tributarios los mares que bañan la cuna misma del sol ganada por sus incomparables héroes, por sus audaces navegantes.»

«Con la nacionalidad portuguesa moría en un triste hospital aquel gran poeta que al escribir las Luisiadas, habia escrito al propio tiempo, no el poema de la guerra como Homero, no el poema de la teología como el Dante, sino el poema del trabajo, el poema, por consiguiente, del porvenir. Todos estos recuerdos debían unirse en la mente exaltada, en la fantasía oriental de los portugueses para obligarles á llorar la caída de la patria y á recordar siempre con envidia los tiempos de su independencia. A su libertad sucedieron las hábiles intrigas del diplomático Mora, las sangrientas batallas del duque de Alba, el despotismo asolador de Felipe II, la imbecilidad de sus sucesores entregados á torpes favoritos, la Inquisición por toda luz, los monasterios por toda vida, los vireyes delegados de un despotismo bárbaro por todo gobierno, la incomunicación con los pueblos protestantes por todo comercio, la muerte moral y material por todo porvenir. ¿Qué habian de hacer? Lo que hicieron los castellanos con Padilla, los aragoneses con Lanuza, los italianos con Masaniello, los holandeses con Guillermo de Orange, los valencianos con Juan Lorenzo, los andaluces con sus caudillos de las Alpujarras, los catalanes con sus héroes de la guerra que tan admirablemente escribió Melo: protestar contra aquel bárbaro despotismo que á un tiempo oprimía y deshonoraba á los pueblos. La protesta escrita con sangre se ha trasmitido de generación en generación

como un legado sacratísimo de libertad, de independencia, como un testimonio irrefragable de odio á todas las tiranías. Mientras signifique esto, nosotros no podemos ménos de acatarla. ¿Pues no hemos convertido en altar el cadalso de Padilla?»

«Pero las enemigas sañudas entre los pueblos deben cesar y cesarán, porque los reunen los derechos de una misma libertad, la vida de una misma nación, los intereses de una misma causa, los espacios de un mismo cielo y de una misma tierra. ¿Qué somos hoy separados? Nada. Bélgica que es un puñado de tierra, vale más, importa más, significa más que nosotros. ¿Y qué seríamos mañana unidos? La primera de las naciones de Occidente, tan grande como Francia por su territorio, tan comercial como Inglaterra por sus costas, tan bella como Italia por la hermosura de sus espléndidas regiones y la inspiración de sus artes. No se trata de una conquista, no se trata de abdicar siquiera la autonomía propia de ambos pueblos. En los grandes principios de libertad que hoy dominan la vida política; en la descentralización administrativa que hoy exige la ciencia de gobernar á los pueblos, la unidad puede existir sin confusión, y nuestra vida nacional crecer sin necesidad de sacrificios ni de abdicaciones. La gran nacionalidad de Occidente con sus municipios populares, con sus provincias independientemente administradas, con sus puertos francos al comercio por la libertad, con su Estado reducido á dar seguridad á los ciudadanos y á cumplir y realizar todos los derechos, con un solo ejército y una sola marina y una representación sola en el extranjero, uniendo á esta grande confederación las posesiones que tiene en todos los mares limpias del militarismo y de la esclavitud, ofrecería el más bello de los espectáculos que jamás pudo ofrecer el siglo décimo-mono, y sería la mayor y más segura de todas las garantías para la paz de todos los pueblos, para la prosperidad de

toda la tierra. Si esto es un sueño, es un sueño por el cual daríamos toda nuestra vida.»

«Nótase no ya en Europa, sino en todo el mundo, un gran movimiento hácia la unidad, un movimiento incontestable. Los Estados-Unidos, por no romper el lazo federal que los unía, han hecho el mayor y más prodigioso de todos los esfuerzos que guarda su historia. Las hazañas de los tiempos épicos se han renovado en los muros de Richmond, y las montañas de Virginia como que han vacilado bajo el peso de aquellos ejércitos de gigantes que iban á morir por estas dos ideas, por la libertad del esclavo y por la unidad de la patria. Las repúblicas hispano-americanas sienten, y con especialidad despues del furtivo establecimiento de la monarquía en Méjico, una vivísima tendencia á la union. Los mártires de Caseros no buscaban en su expedición al través de las inmensas pampas otro fin que unir las dos riberas del Plata por el lazo de una fuerte democracia. En Europa ese movimiento hácia la unidad es mayor todavía, más porfiado. Desde las campañas que tuvieron por principal héroe á Ipsilante, y por principal cantor á Byron, hasta las sublevaciones que han concluido por recabar las islas Jónicas, todos los hechos de la Grecia moderna se explican por el grande sentimiento de la unidad de la patria. Allá en las vertientes del Norte de los Alpes, lo mismo sienten los helvecios republicanos, que los ilirios esclavos. Cada cual en la porción geográfica y en la nacionalidad que le ha tocado en suerte, menosprecia las diferencias de historia, de religión, de costumbres, para fundir en una sola raza todas las familias afines, como si tuvieran un solo espíritu. Desde la guerra de los treinta años hasta la guerra que ahora comienza, los alemanes de corazón levantado siempre han combatido por la unidad de la patria. Muerta, enterrada está Polonia; los caballos de los desiertos tártaros han nivelado y juntado la tierra de su sepulcro sobre el cual no nace ni la yerba; y cada diez años no



parece sino que los huesos de sus héroes se reaniman al soplo de una resurrección providencial para recordar al mundo que aun hay allí el espíritu de una grande nacionalidad, que descuartizada y repartida entre los déspotas aún existe allí la unidad de Polonia. De Italia no hablemos. La fé perseverante de Mazzini, el talento político de Cavour, la heroica espada de Garibaldi, han hecho de ese pueblo dividido entre varios régulos feudales y bárbaros una de las naciones más libres, más poderosas de Europa. Las fronteras se borran, las diferencias de razas se acaban, el comercio auxiliado por la telegrafía y el vapor confunde unos pueblos con otros, y en esta grande elaboración del espíritu moderno se constituyen fuertemente las unidades inferiores, la unidad de las nacionalidades para formar esa gran suma que se ha de llamar en lo porvenir la confederación libre de los Estados-Unidos de Europa.»

Y nosotros, nosotros, españoles y portugueses, ¿nos resistiremos? ¿Quedaremos nosotros fuera de la gravitación europea? ¿Nos escaparemos de este espíritu, que como la atmósfera al globo rodea toda nuestra historia? No conocemos época en la vida, en que no hayamos sido unos con todo el espíritu europeo. La voz que se dá en Alemania, resuena en Sevilla, en Cádiz, y la llevan las olas de nuestros mares hasta las riberas de la ignorada América. La cadena eléctrica que une los pueblos y les lleva el sacudimiento de esa chispa que se llama idea, no se ha roto en nuestro siglo. Seguimos á Europa en todas sus trasformaciones, ó preparamos las trasformaciones europeas. Cuando Alarico entra por los Alpes, Ataulfo por el Pirineo: cuando San Gregorio desposa á los lombardos con la Iglesia y San Bonifacio á los germanos, San Leandro en España á los godos; cuando el espíritu católico y romano se estiende en Bretaña merced á San Fructuoso, en Besanzon merced á San Claudio, en Inglaterra merced á San Teodoro, se estiende en

España merced á San Isidoro y Julian; cuando el grande imperio Carlovingio se funda bajo la unidad católica en Francia, bajo la unidad mahometana se funda en España el califato de Córdoba; cuando el terror religioso se estiende por toda Europa con la aproximación del año mil nuestros padres ven pasar la sombra del diablo en Almanzor, que descompone desde las piedras del sepulcro de Santa Eulalia, hasta las del sepulcro de Santiago; cuando el feudalismo se establece con los barones normandos, Sancho el Mayor trae la idea de la patrimonialidad de los reinos al centro de la Península; cuando la unidad monárquica comienza á fundarse en Francia con San Luis, en España comienza también á establecerse con San Fernando y Jaime I, como el terror monárquico se estiende á un tiempo en el siglo décimo-cuarto con Pedro IV y Pedro el Cruel, como [más tarde se funda la diplomacia monárquica por Fernando el Católico y Luis XI; y en los grandes tiempos de los descubrimientos y del trabajo, en ese período sublime que cierra la Edad Media y abre la Edad moderna, cuando la brújula señalaba una ruta en el vago oleaje del mar; y la imprenta alzaba la inmortalidad sobre el devorador abismo del tiempo; y el lente escudriñaba los espacios y leía los secretos de los astros; y la pólvora hacia saltar en mil pedazos los castillos feudales; y el arte salía del seno de los conventos como el ave del huevo y se elevaba á lo infinito tendiendo por la inmensidad sus alas libres; y la ciencia mataba la autoridad del antiguo maestro, la tradición de la escolástica; y renacía la Grecia resplandeciente aún de juventud y de hermosura con su lira en la mano y su corona de acantó en las sienas; y Venecia hollaba con sus áureas naves el Mediterráneo; Portugal penetraba con Vasco de Gama en el Oriente, en los ríos sagrados que habían medido la cuna de los dioses; y Colon, en su nave, solitario, entre dos abismos que parecían amenazarle con la nada, sublevada su

tripulación, al descubrir en aquella última noche de su esperanza la luz vacilante que le anunciaba la tierra, descubria en realidad el ara gigantesca ornada de guirnaldas sin fin, saludada por coros de aves sin número, exuberante de vida y de poesía.

Cuando estábamos en estas discusiones vino la nueva de que el general Prim se había sublevado, poniéndose al frente de varios tercios de caballería que flojamente perseguidos se internaron en Portugal. El Gobierno dió las órdenes siguientes que á la letra copiamos.

«MINISTERIO DE LA GUERRA.—*Real orden.*— Hace tiempo que el gobierno de S. M. tiene noticias ciertas de que se conspira para alterar el orden público, esperando quebrantar la lealtad del ejército. El gobierno obrará, sin embargo, como si estuviese en época tranquila, encerrándose dentro del círculo legal, y confiando en la sensatez del pueblo español, que siente la necesidad de la paz para salvar sus intereses interiores y exteriores. Pero habiéndose sublevado en el pueblo de Aranjuez los regimientos de caballería de Bailén y Calatrava, abandonando sus oficiales y capitaneados por un comandante, es llegado el caso de adoptar las medidas extraordinarias que caben dentro de las leyes á fin de evitar que alucinados con aquel suceso intenten aprovecharse los enemigos del orden para causar mayores y más importantes perturbaciones. Fundándose en estas consideraciones, cree el Consejo de ministros que sería conveniente que V. E., en uso de sus facultades, declare en estado de sitio á Madrid y su distrito. Por ese medio se volverá la tranquilidad al ánimo de los hombres honrados, y será más fácil impedir la realización de cualquier proyecto revolucionario, aminorando la efusión de sangre y otras desgracias que son consecuencia del uso de la fuerza. Resuelto el gobierno á emplearla hasta donde sea necesario para mantener el respeto á las leyes, espera que

V. E., revestido con estas facultades extraordinarias y legales, proceda con toda energía y sin contemplación á tomar cuantas disposiciones juzgue convenientes para reprimir á los enemigos de la Constitución del Estado.

Lo que comunico á V. E., para su conocimiento, encargándole se ponga de acuerdo con las autoridades civiles de las provincias de este distrito, á quienes se comunican por el ministerio de la Gobernación las órdenes oportunas. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 3 de Enero de 1866.—O'Donnell.— Señor capitán general de Castilla la Nueva.»

«GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Don José de Osorio y Silva, duque de Sesto, gobernador de la provincia de Madrid.

Noticioso hace tiempo el gobierno de S. M. de los trabajos que se hacían para alterar el orden público, ha permanecido encerrado dentro del círculo legal, confiando á la vez que en la vigilancia de los funcionarios encargados de ejercerla, en la sensatez del pueblo español que siente la necesidad de la paz; pero habiéndose sublevado en Aranjuez los regimientos de caballería de Bailén y Calatrava, capitaneados por un comandante, es llegado el caso de adoptar las medidas extraordinarias que caben dentro de las leyes á fin de evitar que aprovechándose los enemigos del orden público puedan causar mayores perturbaciones. En su consecuencia, y cumpliendo lo dispuesto por el gobierno de S. M. en Real orden de esta fecha he resignado el mando en la autoridad superior militar del distrito, la cual desde este momento queda encargada de la conservación del orden público.

Lo que se anuncia al público para su debido conocimiento. Madrid 3 de Enero de 1866.—Duque de Sesto.»

«CAPITANIA GENERAL DE CASTILLA LA NUEVA.

Don Isidoro de Hoyos, marqués de Zornosa, capitán general del distrito de Castilla la Nueva, etc., etc.